Un hombre en busca del amor
y del remedio para un corazón roto

La respuesta de Julieta

GLENN DIXON

ESPASA

GLENN DIXON

La respuesta de Julieta

Un hombre en busca del amor
y del remedio para un corazón roto

ESPASA

Edición original: *Juliet's Answer.* Simon & Schuster, Toronto, 2017

© Glenn Dixon, 2017
por acuerdo con Westwood Creative Artists
© Traducción del inglés: Juan Fernández Díaz, 2017
© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Diseño de la cubierta: Elisabeth Whitehead
Imagen de cubierta: © Alamy Stock/ACI y Shutterstock
Fotografías de interior: © Glenn Dixon, Desirée Bilon,
Shutterstock, Jane Baker/*The Guardian,*
Mapa de Verona: Tony Hanyk, tonyhanyk.com.

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.184-2017
ISBN: 978-84-670-4978-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Espasa Libros, S.L.U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

Acto primero

1. En la hermosa Verona, donde transcurre nuestra historia 15
2. Enséñame a olvidarme de pensar 43
3. Mala estrella 84
4. Sonría el cielo 131

Acto segundo

5. Soy un juguete del destino 165
6. ¿Tan pronto te marchas? 198

Acto tercero

7. Cualquiera que sepa escribir 229
8. Sal, hermoso sol 263
9. De todos los días del año 299

Epílogo: La epifanía del amor 341

Agradecimientos 347

1

En la hermosa Verona, donde transcurre nuestra historia

Querida Julieta:
Ya no soy joven, pero hubo un tiempo, sí, hubo un tiempo en el que creía en el amor. Puedo evocar los nombres de amantes y recordar sus rostros, cada uno de ellos, con tanta claridad. Pero luego desaparecen. ¿Por qué será que el amor les llega tan fácilmente a unos pero se niega a permanecer con otros? ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué tiene que retorcer nuestras almas de manera tan penosa?

Leí la carta hasta el final. Se parecía a las otras que había en el montón, no destacaba por nada especial. Todas esas cartas se escriben a mano —las cosas tan cercanas al corazón no se pueden teclear—, luego se doblan e introducen en sobres llenos de esperanza y se envían a «Julieta, Verona».

Giovanna apareció en el hueco de la puerta.

—*Ciao* —dijo—. ¿Te apetece un café?

—No..., gracias.

Giovanna llevaba sus perlas hasta por la tarde. Irrumpió en la habitación, le echó una mirada a la carta que tenía delante de mí y me leyó la mente.

—Algunas son bastante conmovedoras, ¿verdad?

—No estoy seguro de cómo contestar esta.

—Ah —dijo ella, arrastrando una silla de madera para sentarse a mi lado.

Se inclinó sobre la carta y se recolocó ligeramente sus gafas de leer.

—Muchas de estas cartas están llenas de tristeza. A veces, también son poéticas.

—Entonces, ¿cómo debería contestar?

Ella me escrutó con la mirada.

—Algunas veces a la gente le basta con escribir.

—Esta mujer escribe de una manera tan hermosa. No estoy seguro de que yo...

—La respuesta —continuó, mientras daba golpecitos a la carta— se encuentra a menudo en sus propias palabras.

—Pero...

—Tienes que ser como un echador de cartas. Tienes que estar atento a las señales. La persona que escribe te dirá lo que quiere oír.

—No sé.

Giovanna me miró como si fuera medio bobo.

—Ella necesita saber que su vida está bien, que ella vale, que es importante. Necesita saberlo. Eso es lo que tienes que escribir.

—¿Y al final firmo como «Julieta»?

—Si quieres... O puedes firmar como «el secretario de Julieta».

—Vale.

Giovanna se puso de pie y se alisó el vestido.

—Nos tomamos muy en serio esta responsabilidad —me dijo.

Y, acto seguido, giró sobre sus tacones y se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo un momento apoyando su delgada mano en el marco.

—Sí, claro —respondí yo.

—Entonces, seguro que no quieres café, ¿no?

Me dirigió una penetrante mirada final.

—No, gracias. Me voy a poner con esto.

—*Va bene*.

Dudó un momento, sin dejar de observarme, y luego se apresuró a salir de la habitación.

No hay ninguna Julieta, por supuesto, aunque a la oficina de turismo de Verona seguro que le gustaría que la gente creyera que sí existe. Verona es una ciudad antigua. Está rodeada por los campos de Valpolicella, el valle de las bodegas, con algunos de los viñedos más antiguos del mundo. Julio César pasaba aquí los veranos. Dante, exiliado de Florencia, acabó aquí su *Divina Comedia*. Pero nada es tan propio de esta ciudad como la leyenda de Romeo y Julieta.

La primera vez que entré en el casco antiguo, pasé por una puerta de la imponente muralla medieval. En una placa de bronce atornillada a la piedra se podía leer THERE IS NO WORLD WITHOUT VERONA WALLS, BUT PURGATORY, TORTURE, HELL ITSELF ('No hay mundo tras los muros de Verona, solo tormento, purgatorio, el mismo infierno').

Esa era una frase de Romeo. Él tampoco existía; al menos, no exactamente.

Placas de ese tipo, en las que se recuerdan los momentos principales de la obra de Shakespeare, las hay por todas partes en Verona; de una historia que no se escribió aquí, que se hizo famosa hace siglos, en un idioma y en un país distintos.

Llegué a Verona a finales de julio, hace dos años, con un puñado de preguntas. Había venido aquí para aprender algo. Algo sobre el amor y, tal vez, algo sobre Shakespeare. Pronto pude ver a la muchedumbre, amontonándose y armando ruido, con las cámaras preparadas; yo sabía exactamente hacia dónde se dirigía. Se apretujaba, formando un embudo, y pasaba por delante de relucientes escaparates, con jerséis de cachemira y zapatos de quinientos dólares, arrastrándome a mí con ella. Luego la calle desembocaba en una plaza, que quedaba a la izquierda, pero el gentío decidió girar a la derecha y, de pronto, nos encontramos con un arco por el que se entraba en un pasaje y un letrero que decía CASA DI GIULIETTA. Ahí estábamos, por fin. Todos guardamos un silencio reverencial. Aunque debo admitir que yo lo vivía con bastante cinismo. Pero a muchas de las chicas más jóvenes se las veía

emocionadas, arrastrando a novios que intentaban desesperadamente fingir interés. «¡Que no es real!», quería gritar. «¡Que solo es una historia de ficción!».

Poco a poco fuimos pasando por un pasaje abovedado que daba acceso a un patio. Y ahí estaba: el famoso balcón. Sobresalía del muro, a tres metros por encima de nuestras cabezas. Una parra, perfecta para escalar, subía adherida a la piedra. Todo era un poco demasiado perfecto. El balcón, por ejemplo, es en realidad un antiguo sarcófago romano. Se colocó en el muro en 1937, para atraer a turistas crédulos como nosotros. También se puede visitar el interior de la casa —es una especie de museo— y varias parejas jóvenes salen al famoso balcón para que les tomen fotos. Abajo, en el patio, la multitud los vitorea y aplaude cuando se besan. Las cámaras hacen clic. Se mandan mensajes de texto.

Junto a los escalones de la entrada, un cartel informativo cuenta la historia del pequeño palacete medieval. Me abrí paso entre la gente para poder acercarme a leerlo: ESTA CASA, decía, HA SIDO PROPIEDAD DE LA MISMA FAMILIA DESDE EL SIGLO XIII. Sobre el arco se puede ver su escudo, el de la familia Capuleto: un sombrero redondo parecido a un bombín, pues, al parecer, los Capuleto eran sombrereros.

Eso me sorprendió. El apellido Capuleto derivaba claramente de *cappello* ('sombrero'). ¿Cómo pudo saberlo Shakespeare? Miré a mi alrededor. ¿Estuvo ahí? En su biografía existen una serie de años sobre los que no sabemos nada; años durante los cuales pudo haber viajado por Europa. Aunque la creencia general es que nunca llegó a estar en Verona.

Como suele suceder, la respuesta es más sencilla. Es casi seguro que para escribir *Romeo y Julieta* Shakespeare se inspiró en un texto que ya existía anteriormente. Y ese texto —un poema épico— era a su vez la adaptación de una leyenda italiana que se remontaba, aproximadamente, al año 1530.

Así pues, ese antiguo patio ha sido lugar de peregrinación durante, al menos, doscientos años. Charles Dickens vino a conocerlo y a escribir sobre él. No le gustó demasiado. En esa época la casa señorial había degenerado hasta convertirse en una pensión de mala muerte, con un perro feo y agresivo a la puerta y gansos alborotando por el patio. Hoy el revuelo lo provocan los turistas. Probablemente, esto, a Dickens, tampoco le habría gustado. En un rincón hay una estatua de bronce de Julieta, en actitud recatada, con la mirada baja y recogiéndose el vestido con una mano de largos dedos.

Por razones que no entiendo del todo, se supone que uno debe cubrir suavemente el pecho derecho de la estatua con la mano y pedir un deseo a los dioses del amor. Uno por uno, los peregrinos se acercan a tocar el pecho de Julieta. En esa zona, el bronce así pulido se ha vuelto dorado y reluciente. Mientras, la cara se ha ido oscureciendo con una pátina negra como el carbón.

Estuve mirando al gentío durante un rato, hasta que reparé en una anciana que deambulaba por el patio, ensimismada. Iba de un detalle a otro, examinando cada uno de ellos, leyendo los carteles, deteniéndose ante la estatua.

Entonces, justo antes de marcharse, algo la detuvo. Volvió a echar un último vistazo al balcón, asintió con la cabeza y luego desapareció bajo las piedras del pasaje abovedado. Y donde había estado la mujer unos minutos antes, apareció un buzón de madera pintado en un color rojo brillante. Hasta ese momento no me había fijado en él. Estaba hecho a mano, los motivos decorativos parecían bastante elaborados y se encontraba colocado en la pared de ladrillo junto a la entrada de la casa. Me fui abriendo paso para llegar hasta él. POSTA DI GIULIETTA, ponía. Cartas para Julieta.

Cuando las cartas dirigidas a Julieta empezaron a llegar a Verona, en 1937, nadie sabía qué hacer con ellas. Las dejaban apoyadas en las lápidas del monasterio de San Francisco, donde hacía mucho que se decía que estaba el sepulcro de Julieta, y el encargado de aquel lugar había asumido la responsabilidad de responderlas. En los años cincuenta un poeta tomó el relevo y, en 1989, un panadero llamado Giulio Tamassia había dado un paso al frente para hacerse cargo de responder el flujo constante de correspondencia. Giulio se acabó retirando del negocio de la confitería e inauguró la primera oficina oficial para las cartas de Julieta. Para entonces ya eran cientos las cartas que llegaban a Verona y Giulio se puso él mismo a contestarlas; y así estuvo los siguientes veinticinco años.

En un momento dado, Giovanna, la hija de Giulio Tamassia, relevó a su padre en ese cometido y actualmente dirige el Club di Giulietta, cuyo personal clasifica las cartas

por idiomas, las responde y luego archiva los originales. Giovanna se queja de que la ciudad no les paga lo suficiente para cubrir lo que se gastan en sellos, que no los ayudan con el alquiler de la oficina, pero las riadas de cartas siguen llegando, desbordando cajas y derramándose encima de las mesas.

Yo le había enviado un correo electrónico a Giovanna meses antes para preguntarle si podía venir a Verona y trabajar como voluntario respondiendo cartas dirigidas a Julieta. Naturalmente, mis motivos eran más profundos. Yo tenía mi propio problema, un problema que estaba intentando resolver; pero no fue eso lo que le conté a Giovanna. Le dije que era escritor. Había sido maestro durante mucho tiempo. Había tocado el tema de Romeo y Julieta en mis clases y tal vez por eso podría echar una mano con las cartas; al menos con las que estuvieran en inglés.

El día que llegué ella me recogió en mi hotel, apenas una hora después de haberme arrastrado yo hasta allí desde la estación del tren. Aparcó cerca y caminó por la acera hasta donde yo estaba esperando.

—¿Tú eres Glenn Dixon?

—¿Giovanna?

—Sí. Vamos, voy de camino a la oficina.

No dijo mucho más. Me pregunté si ya había pasado por eso muchas veces; si era muy normal que aparecieran voluntarios extranjeros, serios y dispuestos, pero quizás poco capacitados para ese trabajo; si aquello no sería en realidad una molestia para ella.

—Ese es el anfiteatro romano —dijo, en un determinado momento, rompiendo el silencio y señalando con la mirada a través de los cristales del coche hacia una espaciosa plaza que teníamos delante.

—Ah, sí —disimulé, pero estaba demasiado recién llegado a la ciudad como para saber a qué se refería.

Me removí, incómodo, en el asiento del copiloto y giramos a la derecha, bajo almenas medievales color ocre quemado. Cruzamos el Ponte Nuovo, bordeamos un cementerio y nos internamos en una zona industrial de almacenes y oficinas. En el número 3 de la Via Galileo Galilei, nos detuvimos. Había una bicicleta azul apoyada contra la pared y la puerta principal estaba calzada con algo para mantenerla abierta. Al entrar me encontré con una recepción como la de cualquier oficina, con una planta en una maceta y un mostrador de cara a la entrada.

Giovanna me hizo una seña para que pasara y me sentara en una silla junto a una mesa redonda, justo en frente del mostrador. Ella se sentó a mi lado y empezó a hablar. Primero, lo hizo de su padre —que todavía vive— y yo le pregunté un poco más sobre la historia del club.

—Es larga —me dijo, echando una mirada al mostrador y a los montones de papeles que ahí se acumulaban—. Pero todo sucede aquí.

—¿Todas las cartas se responden desde aquí? —insistí.

—Sí, por supuesto. Estamos muy ocupadas.

El lugar parecía estar en un estado de frenesí organizado. Pósters de ópera y fotografías enmarcadas ocultaban las paredes. Libros y papeles, en altas y alineadas columnas, como

escuadrones militares a punto de derrumbarse, cubrían casi cualquier superficie disponible.

—Así que —pregunté—, ¿cuántas cartas se reciben al mes?

—Ven —dijo ella, levantándose como un resorte.

La seguí por un pasillo hasta una oficina más pequeña en la parte de atrás. Lo de *oficina* es un eufemismo. Era más una especie de almacén. Dos de las paredes estaban ocupadas por estanterías vencidas por el peso de, aproximadamente, una docena de cajas de cartón. Todas las cajas rebosaban de cartas, y cada una de ellas estaba etiquetada por idiomas: ruso, chino, sueco, francés. A lo largo de la tercera pared había un tablero con sillas, a modo de escritorio improvisado. Alguien ya había puesto ahí una caja con cartas en inglés y me había preparado una especie de puesto de trabajo, con sobres y un montón de cuartillas. Incluso había colocado cuidadosamente un bolígrafo, en paralelo con las hojas en blanco.

—Te llevará algún tiempo leerlas todas —dijo Giovanna, señalando la caja.

Había varios cientos de cartas solo en esa caja. Quizás incluso mil. Mi sonrisa se desvaneció. Agarré un puñado de cartas. Muchas venían en sobres de color lila o en densos y cremosos tonos pastel, como si se tratara de invitaciones de boda. Pero también había trozos de papel sueltos, cartas escritas con prisa que alguien, me imaginé, había metido en el buzón de la casa de Julieta en el último momento. Escogí una que estaba simplemente garabateada en el reverso de un billete de tren. La dirección del remitente: Brasil. La devolví a la caja.

—¿Quieres empezar ya? —me preguntó Giovanna—. Te puedes sentar aquí.

Hice lo que me decía. Iba a ser una tarde muy larga.

—Escribe tus respuestas en estas hojas —dijo, dando una palmadita al montón de cuartillas que me había preparado—. Luego las metes en los sobres; pero no los cierres.

Miré esos sobres en los que tenían que ir las respuestas. Tenían impreso un diseño que representaba a Julieta en su balcón, los cabellos azotados por el viento y una implorante mano extendida. Parecía más una *pin-up* de los cincuenta que un personaje de Shakespeare.

—Estaré ahí delante por si tienes alguna pregunta.

Me observó durante un instante y luego abandonó la oficina con aire resuelto, antes de lo que me habría gustado. Yo creía que iba a haber un poco más de formación sobre la marcha, tal vez algo de entrenamiento. No estaba seguro de estar preparado.

Tiré de la caja con las cartas en inglés para acercármela un poco y estas se deslizaron como si fueran arena. Unas pocas se derramaron sobre el tablero y cogí la que me quedaba más próxima. La carta venía de Estados Unidos, California. Abrí el sobre y comencé a leer: «George nos dejó el 7 de abril de 2014. Estuvimos casados durante veinticinco años».

Ah. La historia de una pérdida trágica. Pero luego seguí leyendo.

«Hace poco me he reencontrado con un antiguo amor, Harry. ¿Es demasiado pronto? ¿Es demasiado pronto para volver a experimentar estos sentimientos?».

¿Qué podía contestarle? Yo ni siquiera conocía a Harry.

Empujé hacia atrás la silla, dispuesto a ir a buscar a Giovanna, pero lo pensé mejor. ¿Iba a reconocer mi derrota ante la primera carta? La leí hasta el final, reflexioné un momento, y luego cogí papel y bolígrafo.

«Querida Jane», escribí. «Encontrarás la respuesta en tu corazón».

Miré lo que había escrito. Vaya tontería. Descarté esa hoja y empecé de nuevo. Recurrí a otro manido tópico, lo leí y volví a descartarlo. Decidí volver a poner la carta de Jane en la caja.

Tal vez esa era especialmente difícil. Era mejor empezar con algo más sencillo, algo que no fuera tan complicado. Cogí otra carta del montón.

Querida Julieta:
Me han exceptado [sic] *en una universidad que está muy lejos de donde yo vivo. Es una universidad muy buena y una oportunidad muy buena para mí. Lo que pasa es que acabo de conocer a un chico. Él vive aquí. Por favor, ¿qué debo hacer?*

Ja, pensé, esta la puedo contestar. Le di las gracias por su carta y luego la animé a que fuera a la universidad. Le dije que el chico la esperaría... si realmente merecía la pena. Después añadí una frase de Polonio, el personaje de *Hamlet*: «Sé fiel a ti misma». Me pareció que sonaba bien. Puse mi respuesta en un sobre y cogí otra carta.

«Querida Julieta», decía. «Tengo dieciséis años. Llevo esperando tanto tiempo para encontrar a mi Romeo. ¿Cuándo va a aparecer?». *Ay, cariño. Solo tienes dieciséis años. Te queda todavía mucho por sufrir*. No se preocupen, no escribí eso. Lo que le dije fue que tenía que ser paciente. Que tenía que hacer las cosas que le gustaran y que tal vez encontraría a su amor haciendo lo mismo y que, ¿acaso no sería eso perfecto?

Carta a carta, respuesta tras respuesta, acabé adquiriendo un cierto ritmo. Cada contestación ocupaba dos o tres párrafos. Me aseguraba de que transmitieran mucha confianza en que el amor llegaría, incluso si lo habían perdido. Utilizaba la frase de «Sé fiel a ti misma» con una frecuencia vergonzosa. Me ayudaba a responder, aunque la verdad es que, la mayor parte del tiempo, me sentía como un orientador escolar de instituto, repartiendo consejos que resultaban probablemente poco útiles.

El resto de la mañana la pasé contestando cartas —treinta, quizás— y leyendo muchas más. Casi todas procedían del Reino Unido, de Estados Unidos y de mi país, Canadá. Respondí cartas de lugares tan alejados como China, India, México y Polonia. Algunas veces el inglés era torpe y básico, pero los sentimientos eran los mismos. Todas ellas hacían preguntas sobre el amor. Sobre esa experiencia que nos retuerce el alma y que puede constituir tanto nuestra mayor tristeza como nuestra mayor alegría.

Yo había tenido mis propios problemas con el amor. Y parte de la razón por la que había ido a Verona era que quería aprender algo más sobre esa fuerza que lo abarca todo en nuestras vidas. Aprender algo, lo que fuera, que pudiera ayudarme a entender a mi propio corazón malherido y, tal vez, a confiar en el amor, una vez más.

Hasta hace relativamente poco se pensaba que el amor romántico era una construcción cultural. La idea del amor romántico surgió, supuestamente, en la Alta Edad Media, probablemente en Francia. Llegó a nosotros a través de la cultura del amor cortés, inmortalizada en las canciones de los trovadores y en los ideales caballerescos.

Pero, evidentemente, eso no es así. El amor existe desde hace mucho más de lo que podemos imaginar. Y no es exclusivo de una determinada cultura. Todo el mundo, en todas partes, siente amor. Nadie tuvo que inventarlo. En un estudio reciente realizado con quince mil personas de cuarenta y ocho países distintos, el amor romántico aparecía como rasgo cultural en todos ellos. Actualmente se cree que el amor es una de las doscientas características universales de los humanos; como la capacidad de usar el lenguaje para comunicarnos, la de componer música y disfrutar de ella, o la risa. Los científicos estudian realmente este tipo de cosas. Parece que la capacidad de amar es algo fundamental para ser humano.

Todos nos sentimos atraídos por los demás, lo cual es algo que va más allá del deseo sexual. En otro estudio, niños y niñas de cinco años decían estar enamorados con la misma frecuencia que lo hacían los chicos y chicas de dieciocho, y

no se referían a sus ositos de peluche. Los pequeños experimentaban los mismos síntomas que los adultos: mariposas en el estómago, un anhelo impotente y una irrefrenable necesidad de que el objeto de su afecto se fijara en ellos.

Yo recuerdo muy bien a mi primer amor. En cuanto Shannon Mahoney entró por la puerta de la clase de matemáticas de la señora Acton, en séptimo curso, caí perdidamente enamorado. No sé por qué. Solo recuerdo que fue instantáneo. Ella tenía trece años, yo doce, y durante los dos cursos siguientes estuve loco de amor; aunque no creo que le dijera nunca nada, más allá de «¿Me puedes pasar los lápices de colores?», a aquella presencia angelical en la tierra. Tuve todo tipo de fantasías con ella, la mayor parte recargadas aventuras en las que yo la salvaba de situaciones de angustia o de peligro, en escenarios en los que solía haber agua de por medio, porque yo era un nadador verdaderamente bueno.

Y de repente, un buen día, mis sentimientos se desvanecieron.

La razón de que pase todo eso no se conoce bien. ¿Por qué me enamoré de esa niña en concreto? ¿Por qué Shannon Mahoney? ¿Por qué me obsesioné con ella por encima de todas las otras chicas de mi clase del instituto? ¿Fueron las feromonas? ¿Fue por su físico? ¿Fue por algo relacionado con nuestra particular configuración genética? ¿Qué demonios fue?

Mientras leía una carta tras otra, sentado ante aquella mesa improvisada, en Verona, décadas —y numerosas tragedias amorosas— después de la inolvidable Shannon Maho-

ney, me sorprendió comprobar que tanta gente hiciera, con ligeras variaciones, esas mismas preguntas intentando que «Julieta», una supuesta gran fuente de sabiduría romántica, les explicara cómo funciona el amor.

Una efusiva mujer escribía diciendo que estaba en Verona de luna de miel: «Gracias, Julieta. ¡Gracias, gracias, gracias!». Otras cartas —diría que la mayoría de ellas— ardían con la angustia del rechazo. «¿Por qué?», preguntaban. «¿Por qué me está pasando esto a mí?».

«Tu momento llegará», escribía yo una y otra vez. Pero no estaba seguro de que fuera cierto. Mi momento nunca había llegado. A menudo me sentía como un impostor que estaba mintiendo cuando escribía esas respuestas «de Julieta». Cuando pensaba en mi propia vida, sabía perfectamente que no me había ido bien en el juego del amor. Estaba tan perdido como cualquiera de esos corazones tristes y, en realidad, ¿quién era yo para darles consejos? ¿Quién era yo para decirles nada sobre el amor?

Sonó el teléfono en el despacho principal. Contestó Giovanna y empezó a hablar en italiano. No podía entender nada de lo que estaba diciendo. Sonaba un poco irritada. Poco después apareció en la puerta.

—Ha telefoneado el Korean Broadcasting System.

—¿El Korean... qué?

—Va a venir un equipo de la televisión coreana.

—¿Cómo? ¿Ahora? —Solté el bolígrafo.

—Sí. En quince minutos. Quieren filmar lo que hacemos aquí.

—Vale.

—*Va bene* —dijo ella—. Saldrás en cámara.

Se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

Fui ascendido a la oficina de la entrada antes de que llegara el equipo de televisión. Giovanna llamó, además, a dos secretarias —ambas jóvenes— y nos sentó a todos alrededor de la mesa del recibidor, por lo que parecíamos una especie de club de lectura improvisado. Cuando llegó el equipo del Korean Broadcasting System resultó que solo estaba formado por dos personas y una pequeña cámara de vídeo. Aquello me hizo sospechar de inmediato: nada de Korean Broadcasting System. Por su aspecto cualquiera pensaría que lo que estaban haciendo era un vídeo de YouTube.

El más alto de los dos parecía estar al mando. Se presentó, muy desenvuelto, hablando un perfecto italiano, lo que nos pilló a todos por sorpresa. Empezó a desplazarse alrededor de la mesa, cámara en mano, planeando sobre nosotros y haciendo planos en picado mientras contestábamos cartas con nuestros agitados bolígrafos entre los dedos. Su compañero no era tan alto. Permanecía en un segundo plano y no decía gran cosa. Supuse que no entendía italiano. Canturreaba algo todo el rato y cuando hablaba lo hacía con frases cortas —en coreano— con el que llevaba la cámara.

—Mmm —dijo el más bajo sin dejar de mirarme, como si acabara de tener una idea.

Le comentó algo al más alto y la cámara giró para acercarse y ponerse al acecho, flotando en el aire frente a mi cara.

—¿Qué hace aquí? —me preguntó el más alto, desde detrás del objetivo de la cámara.

Giovanna ya les había explicado que yo era un voluntario de Canadá. La luz roja no dejaba de parpadear, expectante, frente a mí.

—¿Se refiere a por qué he venido aquí, a Verona?

—Sí, ¿por qué?

—Para responder las cartas que le envían en inglés a Julieta. Soy profesor. Enseño *Romeo y Julieta*, así que...

—Ah, ¿es usted profesor?

—Sí, y ahora estoy aquí, de vacaciones. Estoy... interesado en aprender algo sobre el amor.

—¿Usted conoce el amor?

—Mmm. Algo sé al respecto. Espero.

—¿A usted le gusta el amor?

Aquello no estaba yendo a ningún sitio. Me volví hacia Giovanna y ella le dijo algo a mi entrevistador en italiano. La cámara giró en su dirección y empezaron a hacerle a ella la entrevista principal. Cuando llevaban un rato, Giovanna nos liberó a los demás de aquel compromiso y yo volví corriendo a mi pequeño cubículo de la parte de atrás y a las filas de cajas de cartón.

Media hora más tarde, el coreano bajito asomó la cabeza.

—Hola —le dije.

—Creo que estás interesado en aprender cosas sobre el amor —dijo él.

Hablaba en un inglés casi perfecto.

—Mmm, sí —eché mi silla hacia atrás—. Esa es la idea.

—Muy interesante.

Se produjo un silencio. No sabía bien qué decir.

—Oye, ¿sois realmente del Korean Broadcasting System?

—Sí —dijo él; tarareó, más bien—. Yo soy el productor del programa. Y el presentador. Todas las semanas nos ocupamos de una ciudad distinta. Ahora estamos haciendo Verona.

—¿Tú eres el presentador?

—Sí. Yo no hablo italiano, así que Hyun-ki es mi ayudante aquí. Mi programa se llama *Backpack Travels*. Este capítulo se emitirá a finales de septiembre.

—¿Y se verá en toda Corea?

—KBS Global, sí —ahora miraba los montones de cartas desparramadas encima del tablero—. Mmm. ¿Os llegan cartas de Corea?

—Creo que sí —contesté—. Pero la que yo he visto está escrita en inglés.

—Muchos coreanos hablan inglés —comentó.

Metí la mano en el montón de papeles que tenía frente a mí. Había estado sacando puñados de cartas, de diez en diez. También tenía algunas notas de trabajo. Montañas de papeles se levantaban a mi alrededor.

—Aquí está —exclamé, exhibiendo una hoja de papel blanco que crujió levemente cuando el coreano la alisó sobre el tablero para leerla. En la zona de la entrada, el ayudante del productor charlaba con Giovanna animadamente.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Es un problema familiar coreano.

—¿Qué es «un problema familiar coreano»?

Dejó de examinar la carta para contestarme.

—Un problema derivado del choque de dos culturas. La chica se enfrenta a su padre sobre el tema de con quién debería casarse. Las generaciones más jóvenes quieren ser como ustedes, los estadounidenses.

—Yo soy canadiense.

—Es lo mismo.

—En realidad no lo es, pero vale.

—En mi país, la gente joven quiere casarse por amor. El padre quiere un matrimonio entre dos familias.

—¿Un matrimonio concertado?

—No, no exactamente. Pero tampoco un matrimonio estrictamente por amor. Un matrimonio por la familia. Un matrimonio por los negocios. Por muchas razones.

—¡Oh! —exclamé.

—Escucha —continuó él, leyendo la carta en alto—. «Una vez intenté decir te quiero y papá me dijo: "¿Qué pasa, que ahora eres americana? ¿Te crees que esto es la *La tribu de los Brady*? Demostrarás que me quieres cuando me puedas mantener con tu matrimonio».

—¿Has visto *La tribu de los Brady*?

—Todo el mundo en Corea ha visto *La tribu de los Brady* —dijo, y empezó a cantar el tema de la serie—. «*It's the story of a lovely lady...*».

—Sí, sí — dije yo, y lo corté enseguida—. Hace años que no veo esa serie.

—¿Has visto la película?

—¿La película? ¿De *La tribu de los Brady*?

—No. *Cartas a Julieta* —dijo—. ¿La has visto?

—Sí. La vi antes de venir.

Él asintió con la cabeza.

En la película, una mujer escribe una carta a Julieta, pero se pierde y solo reaparece muchos años más tarde. Una de las secretarias más nuevas insiste en que, a pesar del tiempo transcurrido, tienen que responder esa carta, lo cual, por supuesto, lleva a que los enamorados, ya bastante mayores, se encuentren de nuevo después de todos esos años.

—Así es vuestro Hollywood —dijo el coreano—. Siempre el final feliz.

—Yo tampoco creo en eso —dije—. La vida no es tan sencilla.

Hyun-ki apareció por la puerta con la cámara colgando. Los dos coreanos comentaron algo y luego filmaron la carta de *La tribu de los Brady*, mientras el que hacía de presentador la sostenía con la mano y fingía leerla.

Y entonces, con la misma precipitación con la que llegaron, los coreanos anunciaron que se iban. Yo los acompañé hasta la zona de recepción, ahí nos agradecieron efusivamente a todos el tiempo que les habíamos dedicado y luego se dirigieron a la puerta, canturreando y haciendo inclinaciones de cabeza. Giovanna, con una sonrisa mecánica, los escoltó hasta la salida. «*Ciao*», les dijo una vez; «*Ciao*», repitió, cuando se detuvieron en la entrada para dirigirnos una reverencia a cada uno de nosotros. E iba por su tercer «*Ciao*», cuando

los coreanos se escurrieron finalmente por la puerta hacia la calle y todo volvió a la tranquilidad. Giovanna me lanzó una mirada y yo me apresuré a volver a mi cubículo.

Aproximadamente una hora más tarde, ya no podía más. El número interminable de cartas me nublaba la vista. Recorrí los metros que me separaban de la recepción y ahí encontré a Giovanna sentada, sola, en la mesa redonda. Tenía delante un pequeño montón de cartas.

—¿Todavía contestas cartas? —le pregunté.

—Veinte o treinta todos los días.

Lleva haciéndolo más de dos décadas. Hice unos rápidos cálculos mentales: esas eran, al menos, tres mil cartas al año y tal vez más de cien mil cartas durante el tiempo que llevaba ahí. Empecé a considerar que mi ridículo esfuerzo no era más que un susurro en mitad de un huracán, o un guijarro en la cumbre de una montaña.

—*Arrivederci* —dije, tocando suavemente con los nudillos en la puerta de salida.

Giovanna levantó la mirada y me dedicó una sonrisa espontánea, la primera que le había visto en todo el día.

—¿Te veré mañana? —preguntó, poniendo la carta a un lado.

—Me verás —contesté—. Me verás.

A la mañana siguiente me dirigí hacia la oficina yo solo. El casco antiguo de Verona se asienta en un meandro del río Adi-

gio y, recorriendo sus calles estrechas, lo fui atravesando. Agujas de iglesias y techos de teja jalonaban mi recorrido, allá en lo alto, hasta que atravesé la muralla por una de sus puertas y aparecí en una gran plaza. A lo lejos podía ver el antiguo anfiteatro romano, con su aspecto de corona semiderruida. Me dirigí hacia el este, crucé el puente, atravesé un paso subterráneo y me encontré en Via Galileo, un largo y rectilíneo bulevar que me llevó, por fin, a las oficinas del *Club di Giulietta*.

Giovanna estaba detrás del mostrador principal.

—Ah —se sorprendió, cuando me vio entrar por la puerta chirriante—. *Buon giorno*.

—Hola.

—Tu oficina te espera —fue lo siguiente que dijo, acompañando sus palabras con un leve movimiento de cabeza.

Yo entendí que aquello significaba que quería que me pusiera a trabajar. Le sonreí y me dirigí por el pasillo a la pequeña habitación de la parte de atrás. Durante la mayor parte de la mañana estuve contestando cartas ininterrumpidamente.

En ese segundo día ya empecé a descubrir algunos patrones en ellas. La inmensa mayoría eran de chicas jóvenes, pero también había excepciones. Una mujer mayor decía que no pedía consejos para ella. Tenía tres hijas, dos de ellas felizmente casadas, pero la mayor estaba sola. ¿Podía ayudarla Julieta?

«Todas las hijas y, también, todos los hijos», contesté, «deberían tener una madre tan buena y considerada como usted».